

## EDITORIAL

### ETICA MEDICA

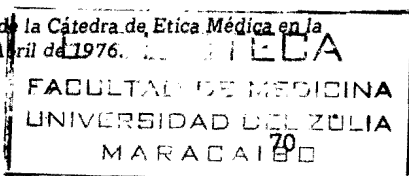
*“Un ideal es una hipótesis perfectible”*

*José Ingenieros*

Podemos considerar la creación de la Cátedra de Etica Médica en la Facultad de Medicina de la Universidad del Zulia, como un paso trascendental y cuya intención no sólo es profundamente humanística, sino de alto contenido pedagógico y científico, puesto que ya veremos, no solamente la ciencia en general demanda eticidad, sino que su metodología nos pone en cambio de construir con formalidad científica, un criterio ético y una forma de analizar y explicar los juicios éticos.

La tradición en problemas de ética, nos ha llevado a pensar que lo ético tiene esencialmente un carácter normativo, un estudio de las circunstancias sociales y una reflexión sobre el comportamiento de los hombres para que, luego de hacer un distingio aproximado de lo que es lo bueno y lo malo, lo correcto o incorrecto, lo placentero o lo desagradable, lo útil o lo inútil o dañino, entresacar preceptos que se pretenden imponer como juramentos, códigos deontológicos, principios de acción, etc., sin que ello implique para nada una conciencia de lo ético. De este modo, desde el Código de Hammurabi, el Rig Veda, los Consejos de Esculapio, el Juramento Hipocrático, las indicaciones morales de los filósofos griegos, el Tratado sobre Drogas de Asaph y su Sermón Deontológico, las lecciones de Avicena, Averroes, Maimónides —éste con su Plegaria del Médico— hasta el Código de Percival, las recomendaciones de Osler y los Códigos, Declaraciones y

Clase Magistral dictada con motivo de la creación de la Cátedra de Etica Médica en la Facultad de Medicina de la Universidad del Zulia. Abril de 1976.



nuevos Juramentos y Códigos nacionales o internacionales, no se ha hecho otra cosa que pretender imponer principios, normas de acción, restricciones morales, o simplemente, códigos de ética, sin tomar en cuenta que muchas veces no serán estimados o ni siquiera leídos, por falta de motivación o de capacidad de captación. Los principios de moralidad no solamente son racionales, sino que pertenecen a ese mundo difícil de comprender que son los llamados filosóficamente valores, y que requieren una mente cultivada para acogerlos, meditarlos e incorporarlos con sentimiento de apropiación intelectual, al comportamiento social del hombre. Precisamente, cuando el célebre Osler se refiere a los estudios médicos, pone énfasis en aclarar que es una profesión para mentes cultivadas y esa será la idea fundamental en mi tarea al frente de esta cátedra. No creo en los médicos sin cultura; no creo en los técnicos, porque podrían convertirse —y a veces se convierten— en lo que Bolívar el filósofo y visionario denominó los "talentos sin probidad". Un médico, para ser un ente completo, íntegro, al servicio de la humanidad dolida, debe ser primordialmente un ente cultivado, con una mentalidad en la cual, como sucedió con el propio Osler, se armonizan la capacidad y lucidez del médico con la racionalidad del filósofo —un filósofo con profundo interés y conocimiento de la humanidad— como dice de él, Jhon E. Fulton, al enjuiciar su singular personalidad. Y es precisamente este aspecto en la formación del médico, la falta tradicional de los estudios de medicina en la mayor parte de las Universidades del mundo. Es la falla fundamental de toda la enseñanza en general que se concreta a la instrucción pero no a la educación integral, que se empecina en formar hombres con habilidades pero sin criterio que haga honor al concepto de inteligencia y, así como muchos países desarrollados llegaron a notar la falla de no acondicionar las mentes para el pensamiento abstracto de las matemáticas y la lógica desde temprana edad, todavía no se han percatado de la necesidad de conformarla para la comprensión de los valores, para los cuales, según el criterio schelleriano, se necesita un especial sentimiento para sentirlos y captarlos.

Empero, la Universidad no puede realizar esta ciclópea tarea, pero ya es tiempo de que en aquellas profesiones que tengan acción selectiva sobre los hombres, que demanden ideas superiores o sublimantes para la interpretación correcta del padecer de nuestros semejantes, y a la cabeza de esas disciplinas la medicina, es obvio que sea una Escuela de Medicina, donde primero la necesidad se haya hecho apremiante y se quiera dotar a los individuos de los conocimientos y sentimientos requeridos para la captación, reflexión y aplicación de los juicios éticos, que hagan de su comportamiento la más bella y sublime armonía entre conocimiento científico y conocimiento humanístico.

Para resolver el problema del desarrollo del pensamiento abstracto, se

realizó desde la primaria un cambio substancial de la enseñanza matemática y hasta se ha incluido la lógica simbólica o el ajedrez como materias a este nivel; pero ¿qué se ha hecho para corregir la deshumanización creciente del género humano? ¿qué se ha intentado para dotar a los individuos de un pensamiento reflexivo en torno a los valores? ¿qué se ha pretendido fomentar para que nuestros profesionales universitarios, en su totalidad, egresen de las aulas con la cultura que los haga ciudadanos del mundo y no simples profesionales con aptitudes para progresar materialmente, en un provecho absolutamente egoísta? Creo que sinceramente nada o casi nada, porque incluso el maestro que antes intentaba ser un ejemplo moral como acicate o estímulo, no para que se le imite sino que se le supere, se ha perdido paulatinamente; son con más frecuencia "máquinas" de la instrucción, y casi nunca motivadores del pensamiento creador o sembradores de ideales. La sociedad actual vive una de las peores crisis de la Historia porque se han puesto a un lado los ideales —la hipótesis perfectible de Ingenieros— y corre desenfrenadamente, absolutamente alienada, a rendir culto a su único ídolo: el dinero.

Jamás lograremos progreso ético intentando recitar juramentos, confeccionando plegarias o imponiendo deontológicos; por ello no he querido que la cátedra se denomine **Deontología**, sino **Ética Médica**, puesto que discrepando de algunos muy autorizados criterios, es una ética especial que ha de buscar sus fundamentos, no autoritarios sino reflexivos, en los progresos de la filosofía moral, transformada en sus lineamientos tradicionales precisamente por el mismo progreso científico, que amenaza constituir en una praxis sin alma el quehacer del hombre, que persigue paradójicamente el bienestar y la felicidad. Pero hay más aún; en las circunstancias actuales, un moralista, un predicador de valores, tendría poca aceptación; los políticos se han encargado de justificar el escepticismo, la incredulidad extrema de las gentes, respecto a la palabra de los hombres. Nuestros políticos en su mayoría son hombres mediocres y miserables; mediocres porque la verdadera mediocridad radica en la falta o carencia de ideales; miserables porque la mayor miseria del hombre es su falta o carencia de cultura, aunque puedan ser millonarios en dinero y bienes adquiridos. De esta manera son los factores condicionantes o sustentadores de la descompuesta realidad social de nuestro país y del mundo entero, pudiéndose citar muchos índices de descomposición social que entorpecen, por ejemplo, los planes de salud pública, cuya causa fundamental o última descansa sobre personas carentes de todo ideal ético. Así se ha dicho, como lo recoge en su magnífica obra *Ética en Medicina* mi antiguo profesor Dr. Augusto León, con palabras del médico-filósofo argentino José Ingenieros, que los más despreciables sujetos son los predicadores de moral que no ajustan su conducta a sus palabras, porque ni aún ajustando la conducta a la palabra, los hombres están dispuestos a tomar paradigmas o a dejarse influir por preceptos mora-

les —a veces adaptados o “en servicio” de determinados intereses, tal como las leyes— aunque cada día son víctimas propicias de la ola propagandística de una sociedad de consumo o de un totalitarismo socialista que, a no dudarlo, han desvirtuado todo lo espiritual y han producido las llamadas paradojas de la libertad. Y, el hombre, se libera realmente, por la sabiduría o su pasión de tender a ella.

El profesor Augusto León, cuando en nuestros días ha recogido el legado intelectual y moral que nos proporcionó el insigne Luis Razetti, en la introducción de su libro hace alusión a la desestimación que se ha tenido en las Escuelas de Medicina por la enseñanza de la ética y puntualiza que unos pocos temas de Deontología en el programa de Medicina Legal, no suple adecuadamente el requerimiento de una educación moral en los futuros profesionales, a lo cual se añade que los textos que de ello pretendían ocuparse, no se referían a otra cosa que enfocar aspectos legales de la conducta médica o a las reglas de cortesía profesional; por otra parte, en palabras del célebre Marañón, se refiere a lo enojoso que es para los jóvenes el que un médico les hable de moral profesional.

Estas consideraciones las traigo a colación, precisamente para definir mi posición e intenciones al frente de esta cátedra. No es mi tarea la de hacer prédica moralizante o inculcar preceptos éticos o puntualizar deberes profesionales.

Para el año 1958, cuando una corta pero rica experiencia profesional —6 años de graduado— y una preocupación muy personal y autodidáctica me colocaron en persecución de algunos ideales éticos, presenté en la inmerecidamente desaparecida Sociedad Medico-Quirúrgica del Zulia, un extenso trabajo en dos partes, titulado *La moral médica de nuestros tiempos*, en el cual ya trazaba los lineamientos generales por los cuales he regido mis casi 24 años de ejercicio profesional y lucha gremial, aunque con los posteriores estudios de Filosofía y los resultados de una agonía ética —agonía es lucha— he cambiado numerosos enfoques y conceptos —especialmente el arraigado y viejo prejuicio de inmiscuir aquí la religión— pero han quedado incólumes dos principios de acción: *la virtud es virtud puesta a prueba* y, luego tomado del ya citado Ingenieros, *que lo que tenga por precio una partícula de dignidad, es caro*.

Lo primero quiere decir, o mejor, así lo he interpretado, es que no podemos hacer alarde de virtudes mientras saquemos el cuerpo a los problemas de la vida y nos encerremos en una caja de cristal, como la virtud del monje que renuncia al mundo y se sumerge en los claustros para huir de las tentaciones que minarían su supuesta entereza espiritual. En varias ocasiones he dicho que no creo en la eticidad del hombre quieto, como no

podría creer en la valentía del soldado de escritorio que jamás acude al frente de batalla.

Para muchos colegas que me aprecian, como para los también muchos que me han adversado o me adversan, por lo menos les consta que nunca he rehuído a la lucha y que siempre he combatido de buena fe, limpiamente, por ideales puramente éticos y jamás por reivindicaciones materiales; y allí, en medio del fragor del combate, he tenido cuidado de no dejar jirones de dignidad ni claudicaciones irresponsables, porque es lo único que puedo ofrecer al imperativo categórico que he asentado en mi conciencia, fundado en una especie de buena voluntad kantiana.

Mas yo no vengo a ponerme de paradigma ni a presentarles figuras de un santoral ético, ni siquiera un santoral a lo Augusto Comte.

Los estudios de filosofía me han proporcionado una visión muy amplia y diferente del mundo y de la vida, que no me los proporcionó ni la Medicina misma a pesar de ser la más excelsa y humanitaria de las profesiones, y si me han patentizado las palabras de Aristóteles el responder qué cosa había encontrado en la Filosofía y que ya cité en el discurso de orden al graduarme: ¿qué me ha dado la Filosofía?... pues... "hacer por voluntad propia lo que otros hombres hacen por temor a las leyes".

Así la formación ética del profesional universitario, debe estar fundamentalmente orientada a este propósito: no se va a proponer una eticidad fabricada ni un código de comportamiento, como sucedía a los hombres, a las comunidades o a los pueblos que adoptaban, por ejemplo, un sistema articulado de determinados intereses, como sucede con la ética judeo-cristiana influida por Platón y que a la larga resultó un eudemonismo del más allá, una ética interesada que todavía tiene vigencia y que ha influido entre nosotros desde Vargas y Razetti hasta Augusto León.

Este propósito fundamental es vislumbrado por mi antiguo profesor de Clínica Médica, cuando acertadamente dice muy al comienzo que, la intención de su libro, es exponer los problemas éticos más importantes de la medicina moderna y ayudar a los jóvenes a enfocarlos y resolverlos; la intención de mi cátedra y de un futuro libro que ya he comenzado a elaborar, es no caer en las particularidades de un Código Deontológico ni en la elaboración de una filosofía moral, sino en hacer comprender los valores éticos y consecuentemente la eticidad, destruyendo en parte —en la medida de mis posibilidades— lo negativo que señala León en la aptitud humana ante los temas de orden moral: "la negación sistemática de encararlos intelectualmente".

Yo deseo iniciar al estudiante o al médico a descubrir valores, a realizar juicios éticos y a examinarlos, así como a crearse conciencia de buena voluntad; a manejar los elementos racionales que le permitan afrontar situaciones nuevas, tomando en consideración lo que tanto se insiste de la relatividad de los juicios éticos. Precisamente, esta es la falta que encuentro en obras notables como la de Razetti o de León, ya que este último, por ejemplo, cuando se refiere a las bases filosóficas, se contenta con un breve recuento histórico, pero no aclara ni analiza cómo se ha tratado, realmente, de crear una ética personal y social. Así, cuando menciona la ética kantiana, los imperativos categóricos, los juicios analíticos o sintéticos, etc., obviamente que no posee recursos filosóficos para su explicación, quedando el lector o el estudiante únicamente informado, no de cómo son esos juicios; por ello incurre también en una subvaloración de la filosofía de Epicuro sin ver las profundidades de su doctrina que apresó los más altos valores morales, cuando entendía la felicidad, como participación en todo lo que es bello, elevado y lleno de sentido, en todo, en todo lo que nos llena de contenido y realza la vida. Epicuro colocó a la cabeza de estos valores, la amistad, lo que no tiene que ver con la decadencia del epicureísmo posterior que desembocó en una ética del goce.

Si efectivamente, por la falta de un enfrentamiento intelectual del problema, existe en algunos aspectos un verdadero caos, se impone una reorganización de los criterios éticos y dotar al que se inicia en las etapas del pensamiento reflexivo, para evitar las falacias que frecuentemente se introducen en los razonamientos que se hacen en torno a grandes problemas de la medicina contemporánea, como en la anécdota que se ha difundido respecto a Monod al interrogarle respecto a la indicación de contracepción o de aborto terapéutico, falacia que se desliza cuando se desconoce el razonamiento científico y filosófico y se olvidan recursos como el cálculo de probabilidades, o los espejismos que crea un uso erróneo o inapropiado del lenguaje, confundiendo las jerarquías del mismo y los conceptos básicos con que trabaja la ciencia y la epistemología.

La ciencia, pues, como decía hace 18 años atrás, no excluye la moral, y no únicamente la medicina, sino cualquiera otra disciplina, presuponen al lado del ideal científico un ideal moral. Su perfeccionamiento incesante, la lucha del sabio por arrancar secretos a la naturaleza, el afán de exterminar o minimizar las enfermedades, etc., no tiene otro fin o propósito que el mejoramiento de la humanidad. Y cuando todas las ciencias tiendan o lleguen a ese mismo supremo ideal, habrán realizado al lado del más esplendoroso triunfo material, el más caro y anhelado de los deberes o ideales morales. Eso sí, a causa de lo complejo del elemento humano, el factor ambiente —ecológico y social— y los progresos agigantados de las civilizaciones, imponen revisión y adaptación de estos preceptos semi-inmutables del

deber moral.

Henos aquí a las puertas de un intento que es responsabilidad de todos.

El estudio de la ética ha tenido, pues, dos orientaciones. Una resultará al interesarse por el análisis filosófico, psicológico y sociológico y por la explicación de los juicios éticos, mostrando en qué consisten nuestras aprobaciones o desaprobaciones y por qué aprobamos o desaprobamos nuestros actos; otra será la de establecer o recomendar que tipo de acciones, fines o maneras de vivir pueden seguirse por considerarse correctas, buenas, virtuosas o sensatas. Obviamente que nos parcializamos por la primera orientación, aunque basados en la experiencia y en el acervo cultural de la Humanidad, tendremos que adentrarnos en la posición de establecer fines o recomendar acciones, naturalmente respetando otros criterios.

La ética no será producto de un testimonio histórico o antropológico y como cualquier disciplina que requiera respeto y aceptación, supondrá una investigación del significado de las afirmaciones éticas, su verdad o falsedad, objetividad o subjetividad y posibilidad de sistematizarla en ciertos principios que guíen nuestro intelecto hacia el mejor enfoque de los problemas y su consiguiente resolución. Por ello, tendrán prioridad los llamados juicios de valoración ante los juicios de obligación.

Si como dice López Castellón "la mayoría de las filosofías morales se han elaborado a espaldas de la ciencia e incluso frente a ella, ésto no implica que el campo de la ética sea impermeable a un tratamiento objetivo y experimental" y de lo que podemos estar seguros, además, es que siguiendo a Skinner y el propio convencimiento que tenemos muchos, sin la honestidad individual es imposible el progreso de la sociedad y de la ciencia, cayendo también en cuenta de que si no tomamos como base de una investigación ética, el conocimiento y la metodología científica, nuestro esfuerzo será ineficaz y puramente idealista. Y como toda investigación y todo estudio de problemas, parte del conocimiento de una realidad, parte de un *explanans* bien construído para llegar a un *explanadum*, es innegable que se necesitan estudiar los actos humanos como son y no como debieran ser, algo similar a la Sociología, cuando insistía en que se ocupa de la realidad o la sociedad, no como debería ser, sino simplemente como es.

Trataré, en consecuencia, de poner en vuestras manos unas herramientas imperceptibles, pero de singular utilidad; con ellas abordarán en cada caso los conflictos humanos que se tejen a los conflictos anatómicos y fisiológicos en ese complejo que se llama enfermedad, trataré de que a la visión clínica y social —que antes proporcionaba una cátedra indebidamente eliminada como la Sociología Médica— pueden entrever el carácter ético

del existir humano, con su apertura hacia el mundo de los valores que siempre estarán presentes —si los sacamos como piedras preciosas— en el hombre metido en la mitad de la vida y tomando en su justa consideración, lo que denominaremos “la situación” o el medio ético, aunque todavía no sepamos con exactitud lo que es el bien y el mal.

Tendremos, pues, permítanme que insista, el poder reflexivo de que hay valores morales referidos a una persona como objeto; que un valor moral es muchas veces el valor de una conducta o la manera de conducirse con alguien y ese alguien es, en nuestra profesión, una persona singularmente situada en la existencia: el enfermo. Y ante él, hacer un diagnóstico, indicar tratamiento medicamentoso o quirúrgico, es tomar una **decisión** e intentar tomar otras consideraciones en lo moral, es también lograr un descubrimiento o alcanzar una decisión, que así complementada, será una visión integral del ser humano con un ideal de humanidad. El estudio de la ética nos dirá, además, donde está la autoridad, o mejor la justificación de esa decisión trascendental. Y si algún valor ha tenido vigencia a través de los tiempos, a través de la relativización de las costumbres y de los ideales de diferentes épocas, ese valor sublime es el amor en su aceptación más pura y elevada. La buena vida, decía Russell es la inspirada por el amor y guiada por el conocimiento; poned pues, amor en todos los momentos del existir: amor en el aprendizaje, amor en la ciencia, amor en el hombre, especialmente en el que sufre, en el que ocurre a un médido con la fe de que hallará un científico pero también un amigo, un hermano que le comprenda a cabalidad. Con esta intención, con esta empatía, con este ideal, vuestro ejercicio será digno de la excelsa majestad de la Ciencia Médica. Allí está toda una filosofía de la vida, como en aquellos versos del inmortal poeta Blanco de la Venezuela gris —como le he bautizado en otra ocasión— en su Coloquio bajo la Palma:

Lo que hay que ser es mejor  
y no decir que se es bueno  
o que se es malo...  
Lo que hay que hacer es amar  
lo libre en el ser humano  
lo que hay que hacer es saber  
alumbrar ojos y manos  
y corazón y cabeza  
y después... ¡ir alumbrando!

Por ello creo que la vida de un médico, no podrá ser nunca la de un hombre común; por ello creo que la cultura inmaterial llevada a la cumbre más alta del quehacer humano, es su meta.



La vida de los hombres —en mayorías— gira alrededor de un negocio o de una profesión, la de los grandes alrededores de una pasión generosa y sublime; un ideal hecho pasión o una pasión hecha ideal...

**Roberto Jiménez Maggiolo**

---